

Sin embargo, la juventud aristocrática del país, que poseía lanchas y era aficionada á la pesca, encontraba duro renunciar á ese placer favorito por causa de la matrícula, y despues de pensarlo mucho, acabó por someterse á ella.

—La matrícula no es más que una formalidad, —decía un jóven aristócrata del país á uno de sus amigos;—aunque inscribamos nuestros nombres en el libro del registro, nada arriesgamos, pues ni mi hermano, que es miembro del Consejo general, ni tu primo, que pertence al Cuerpo legislativo, permitirían que un comisario de marina nos encajara la blusa encarnada y nos convirtiese en gavieros, aun en el caso de que estallase una guerra marítima.

Y con el aturdimiento de la juventud y la confianza de la aristocracia de campanario, sentaron sus nombres en el registro de la matrícula.

Poco despues estalló la guerra de Crimea, y los dos, arrebatados por la ley, salieron para el mar Negro. Ninguno volvió: el uno murió del cólera, el otro de un balazo..... La matrícula de mar les habia aplicado concienzudamente el principio de la igualdad.

LI.

Pero no era en las orillas de la Seudre donde el bañista podia encontrar poesía, porque sus alrededores, compuestos de pantanos salitrosos, forman, por el contrario, el paisaje más á propósito para llevar al hombre á la hidrofobia.

Cuando el sol cae á plomo sobre aquella llanura, el suelo parece fundirse en vapores, y el espejismo que sobre él flota produce verdaderos vértigos: es el lugar más á propósito para un suicidio.

Así, pues, un bañista, que tiene grandes deseos de vivir, como lo prueba el hecho de que sumerge una vez al dia su cuerpo en el Océano para prolongar su existencia, nada puede encontrar agradable en las márgenes de la Seudre, y volviendo sobre sus pasos, se aleja rápidamente de allí, á no ser que quiera ver algo más hermoso que el mejor paisaje; es decir, una buena accion.

Cerca de la aldea de Avallon, sobre una altura que domina el curso del rio, se ve uno de esos edificios especiales que en el siglo último eran el término medio entre la casa y el castillo y que representaban la clase media enriquecida por el comercio.

El verano último fué cuando por primera vez visité aquella casa. Despues de recorrer una alameda llena de sombra y de frescura, me detuve ante una verja de hierro disimulada bajo un tapiz de enredaderas, y en aquel momento llegó á mis oídos un canto dulce y grave que salia de la casa y parecía flotar en el espacio mezclado con el perfume de los claveles.

Llamé con cierta timidez, porque temia cometer una indiscrecion, y una niña, una portera de diez años, acudió sonriendo al sonido de la campanilla.

—Seguidme,—dijo.

Y saltando delante de mí, me condujo al salon.

—Señora,—repuso;—hé aquí un caballero.

Pasé adelante, y la niña cerró la puerta.

En el fondo de la estancia, y á la luz misteriosa que dejaban penetrar las persianas, ví una mujer vestida de negro, sentada en un sofá y en una actitud que revelaba á la vez la meditacion y el sufrimiento.

Cambiamos un saludo silencioso; la presenté una carta de introduccion, y en tanto que la leia, me dediqué á examinarla.

Parecia descender ya la pendiente de la montaña, puesto que empezaban á formarse arrugas en sus sienes. En su juventud debia haber sido

notablemente hermosa; pero ya en el segundo período de su vida, poseia una belleza más admirable todavia. Tenia la frente despejada de la mujer de talento, la mirada dulce y firme al mismo tiempo del alma criada para ejercer la autoridad atemperándola con la dulzura de un corazon bondadoso, y la austera blancura de su rostro la daba cierta semejanza con el retrato de Angélica Arnaud: se veia que el dolor habia pasado por ella, dejando su palidez en su semblante.

En efecto, la desgracia habia caido sobre su casa: primero habia perdido á su marido, despues á su hija; y viuda y sola, herida de muerte, buscó en su luto una razon para vivir, y se dijo: «Las huérfanas serán mis hijas: buscaré en torno mio las pobres niñas que no tienen madre, ó lo que es más triste todavia, que nunca la han tenido; mi hogar será el suyo, las instruiré, las educaré, y las acostumbraré á la ley del trabajo y de la virtud.»

Y fundó el asilo Emilia, dándole el nombre de su propia hija, como si tratase de formarla un dote en el cielo con todo el bien que ella hacia en la tierra. Dedicó á esta obra de caridad, no solo su fortuna, sino su vida, con ese ardor febril del corazon enfermo que trata de engañar el amor maternal, cambiándole de naturaleza y multiplicándole todo lo posible; y por sí misma, sin otro recurso personal que su inteligencia, se atrevió á

desafiar al imposible, intentando un milagro. Una sombra querida contemplaba sonriendo su obra, é iluminada por esa irradiacion del cielo, la piadosa viuda llegó al fin á realizar aquella institucion, única en la historia de la beneficencia.

—Venid á ver nuestra humilde casa,—me dijo sonriendo gravemente.

—Vuestro grandioso asilo,—reliqué,—y si no temiera, señora, usar una palabra profana, diria vuestro falansterio.

—Bien quisiera poder engrandecerle,—repuso ahogando un suspiro;—pero el Dios de bondad nos prestará su ayuda.

Y me acompañó al refectorio, al dormitorio, á la sala de estudio, al taller de costura. Todo era sencillo, severo, dispuesto con un orden admirable y sin otro lujo que el irreprochable lujo de la limpieza. Despues de haberme iniciado, con una paciencia modesta, en toda la economía interior de su establecimiento, abrió una ventana y me mostró un escuadron de niñas ocupadas en limpiar heno.

—Ved mis hijas,—dijo;—trabajan solitas, sin que haya necesidad de vigilarlas: las mayores bastan para mantener la disciplina entre las más pequeñas.

He conocido una madre que decia: lo más bello que he visto en Suiza es mi hija. Al salir

de la aldea de Avallon, yo decia que lo más bello que habia visto en las márgenes de la Seudre era el asilo Emilia. Y sin embargo, esta grandiosa institucion caerá si la caridad pública no acude en su socorro, pues hasta hoy ha vivido al dia, merced á una intervencion perpétua de la Providencia. En Inglaterra, en América, tendria ya una dotacion, no del Estado, sino de la caridad privada; pero en Francia, cuando se ve una obra filantrópica, se pasa de largo diciendo: Y á mí, ¿qué me importa?

¡Tal vez llegue un dia en que tambien tendremos la santa temeridad del corazon!.... En tanto, puesto que desde Avallon se distingue el bosque de Arvest, vamos á echarle una ojeada.

La entrada de este bosque es un portento de vegetacion. Dícese que en el Brasil tiene la sávia tal fuerza, que dá un arbusto donde debiera producir solamente una yerbecilla: lo mismo se podria decir del bosque de Arvest. Aquel suelo, condenado á un reposo forzado desde el diluvio, tiene tales deseos de reparar el tiempo perdido, que cuando se le confia una semilla, sufre una verdadera explosion y eleva la planta en el aire con una especie de locura. Un pié de tomate alcanza allí la altura de un segundo piso, y un platanero de la época de la Restauracion podria abrigar bajo su sombra una caravana.

Un especulador hábil tuvo la idea de establecer en uno de los claros del bosque un columpio, una montaña rusa y una elegante tienda de campaña para despachar refrescos, y el bosque de Arvest, hasta entonces inútil, quedó convertido en paseo de Royan.

Royan, pues, tenía ya paseo: estaba terminada la primera parte de su trasformacion.

LII.

He titulado á este libro *El nacimiento de un pueblo*, porque si Royan no es ya una aldea, todavía no es una ciudad. Lo será, sin embargo: el pájaro pequeño se hace grande, si Dios le dá vida, segun dice el refran. Royan se engrandece de año en año. El ingeniero Larose habia creado, y su compañero Botton desarrolló la nueva poblacion. El primero no habia hecho más que limpiar la parte próxima al fuerte, enlazándola con la parte construida en la roca; el segundo construyó un muelle y substituyó con una especie de boulevard plantado de olmos la arena de la playa, donde se arrojaban por la mañana las basuras de las casas, y donde algun cerdo atado á una estaca

trazaba incesantemente un círculo cuyo rádio era la cuerda que le sujetaba.

No se crea que censuro á este filósofo no comprendido, epicúreo y profundamente obcecado en la ciencia de la contemplacion. A orillas del mar particularmente parece que redobla su inteligencia. Yo le he visto muchas veces inmóvil, sumergido en un profundo recogimiento ante la marea creciente, seguir con la mirada el vaiven de la ola con una expresion de sarcástica piedad. No podia comprender, sin duda, que una criatura formal como el mar perdiese el tiempo en hacer continuamente lo mismo, sin tener como él la excusa de una cuerda atada á una estaca, y así es que cada vez que una ola se deshacia en la arena, la saludaba con un gruñido de ironía.

Hasta entonces Royan habia vuelto la espalda al mar, lo que era una falta de cortesía; pero levantando un boulevard en la playa, el ingeniero Botton le obligó á dar media vuelta. Aunque no hubiera hecho más servicio á la poblacion royanesa, merecia que se escribiese su nombre en una lápida de mármol á la entrada del boulevard. Lo digo á riesgo de ofender su modestia; pero una vez que he cometido la primera indiscrecion, reclamaré tambien una mencion honorífica para el alcalde de Royan, el conde de la Grandiere, un noble amigo de las ideas y del progreso. Gracias al al-

calde y al ingeniero, Royan marcha á paso redoblado al cumplimiento de sus destinos; posee un telégrafo eléctrico, tiene un servicio diario de buques de vapor, y sueña ya con un ferro-carril y una escollera que dé seguridad á su puerto, y en fin, parece haber tomado por divisa la ambiciosa culebra de Fouquet, *¡Quo non ascendam!* Tal vez piensa en destronar á Burdeos.

Hé aquí como el mundo marcha y progresa, por sí mismo y en virtud de su propia fuerza. Hé aquí una aldea, relegada en otro tiempo á orillas del mar, bajo el ala de la gabiota, condenada á vejetar en el olvido, sin participar de la inteligencia del siglo, sin conocer los gobiernos que se suceden nada más que por una efigie grabada en una moneda, por un nombre, por una cifra, por un busto que cambia cada quince años.

Y sin embargo, por el trabajo latente de la historia, por el génio de la ciencia, por ese movimiento irresistible que llamamos progreso, sale de pronto de su oscuridad, á la señal invisible de un sábio llamado Fulton en una lengua extranjera, y toma una nueva forma y desarrolla su riqueza, su lujo y su inteligencia.

En la actualidad, cuando empujado por ese instinto misterioso que á todos nos lleva, un día ú otro, á nuestro punto de partida, me dirijo á esa poblacion, me cuesta trabajo reconocer la tier-

ra donde he nacido. He vivido, he viajado, y en tanto, el tiempo ha destruido los objetos en que antes se posaban mis miradas, de modo que paso como un extraño á través de una poblacion renovada, sin conocer la puerta de ninguna casa ni el nombre de persona alguna.

¡Apenas me han quedado algunos amigos, compañeros de mis años infantiles! ¿Dónde están los otros?..... ¿Dónde está aquel pobre Eduardo, aquel noble corazon, el más noble que he conocido, cuyo único pensamiento, cuya única ambicion era vivir y morir en Royan? Entró en el cuerpo de aduaneros; le enviaron á una playa desierta de Medoc, y al partir, decia: "Volveré." Destináronle luego á un pantano pestilencial de la Vendée, donde perdió una pierna, y tiritando en su lecho con el frio de la fiebre, repetia: "Volveré." Y volvió, en efecto, al cabo de veinticinco años, arrastrando su cuerpo sobre dos muletas; le ví en aquella época, y al abrazarme lloraba. ¡Un mes más tarde murió del cólera!

¿Dónde está aquel pobre Emilio, que era el génio de la simpatía? Una mañana de Mayo caminaba á lo largo de la costa con el corazon rebo-sando júbilo, pues la naturaleza sonreia en torno suyo é iba á hacer una buena accion. Sentóse al pié de una roca para leer un periódico, y en medio de la lectura su cabeza se dobló sobre su pecho.

Creyóse que dormía..... ¡Error! Estaba muerto: el dulce sol de primavera le había matado por medio de una apoplejía fulminante.

Hace mucho tiempo que las olas han borrado las huellas de mis piés, impresas en esa playa por donde he paseado tanto al lado del que no está ya en este mundo de miseria. La casa en que nací aún permanece en pié; pero sombría y triste, rodeada de la arquitectura vanidosa de la nueva ciudad. En medio de ese gran cambio de piedras, las golondrinas vienen todos los veranos á hacer su nido bajo el alero de su tejado con la misma confianza en su hospitalidad.

Allí he comprendido el culto de la tradicion, y ahora sé cuánta tristeza pueden contener las trasformaciones. Ya que somos apóstoles del progreso, seamos indulgentes para los que echan de ménos el pasado.

Y sin embargo, cuando toco aquel suelo, olvido que la vida tiene una severidad inmutable y que la edad me empuja ya hácia el sepulcro. Paréceme que el destino me concede una segunda juventud, y despues de haber refrescado mi alma en sus aguas regeneradoras, vuelvo con el corazon firme á mi puesto de combate.

FIN.

LIBRERIA DE ANLLO Y RODRIGUEZ

Calle del Olivo, 6 y 8, Madrid.

Estudios sobre la Historia de la Humanidad, por F. Laurent, profesor de la Universidad de Gante, traduccion de Gavino Lizarraga.

Se han publicado los tomos I, que contiene El Oriente.—II. La Grecia.—III. Roma.—IV. El Cristianismo.—V. Los Bárbaros y el Catolicismo.—VI. El Pontificado y el Imperio. Está en prensa el tomo VII que contiene El Feudalismo y la Iglesia.

Esta importante obra constará de 18 tomos y se publicarán los 11 siguientes sin interrupcion, cuyos títulos son: La Reforma.—Las Guerras de religion.—Las Nacionalidades.—La Política real.—La Filosofia del siglo XVIII y el Cristianismo.—La Revolucion francesa, primera y segunda parte.—El Imperio.—La reaccion religiosa.—La Religion del porvenir, y La Filosofia de la Historia.

Formando cada tomo de esta publicacion una obra independiente, se venden sueltos al precio de 24 reales en Madrid y 30 en provincias.

Recuerdos de Filipinas. Cosas, casos y usos de aquellas islas, vistos, oidos, tocados y contados por Francisco Cañamaque; en 8.^o mayor, 300 páginas, 10 rs.

Este interesante y bellissimo libro, de una lectura amena y entretenida, contiene, entre otros, los capítulos siguientes:—La noche de mi llegada al país.—Un duelo como hay pocos, y un criado como no hay ninguno.—